

ción rusa de *La Vorágine* de José Eustacio Rivera. publicada en las ediciones del Estado Soviético. Kelín da una interpretación marxista a la gran novela colombiana.—R. I.».

Homenaje a Blest Gana

El Consejo de la Universidad de Chile acordó en una de sus últimas sesiones tributar un homenaje al novelista chileno, Alberto Blest Gana. El homenaje consiste en un concurso destinado a premiar la mejor obra crítico-biográfica que se presente sobre ese escritor, en conformidad a las siguientes bases:

Tendrán derecho a presentar obras al concurso tanto los autores nacionales como los extranjeros residentes en el país; el plazo del concurso vencerá el 1.º de septiembre de 1937; las obras se presentarán bajo pseudónimo acompañando en sobre cerrado el nombre del autor; habrá un premio único de \$ 10,000, el concurso podrá ser declarado desierto si ninguna de las obras apareciera con mérito suficiente para que le sea concedido el premio, y vencido el plazo del concurso, el Decano de la Facultad de Filosofía y Educación designará una comisión de tres miembros pertenecientes a la Facultad para que informe acerca de sus resultados.

Excelente idea la del Consejo de la Universidad. Blest Gana merece este homenaje. Recordemos que en unos de los números anteriores de ATENEA, habíamos lamentado el silencio que rodeaba la figura del creador de la novela chilena y no nos explicábamos las causas.

La misión chilena en Venezuela

La misión educacional chilena que como se sabe fué contratada por el Gobierno de Venezuela y se encuentra ya en Caracas desempeñando sus funciones, ha sido objeto de especiales atenciones de parte de los círculos intelectuales de la capital venezolana. El día 20 de junio, la misión, después de visitar la

casa de Bolívar depositó una corona en el Pantecón. A este acto asistieron, además de los profesores chilenos, el Ministro de Chile en Venezuela, señor Enrique Gallardo Nieto, que ha atendido gentilmente a la misión, el Minisiro de Educación en aquellos días, y novelista de América, Rómulo Gallegos, el Superintendente de Educación, nuestro amigo y colaborador de los más asiduos de nuestra revista, Mariano Picón-Salas y otros altos funcionarios del Ministerio de Educación y muchos escritores venezolanos.

En esa oportunidad usaron de la palabra los señores Augusto Mijares del Ministerio de Educación y nuestro amigo y colaborador Oscar Vera que integra la misión chilena de profesores. Nos parece de interés reproducir los discursos de los señores Mijares y Oscar Vera.

DISCURSO DEL SEÑOR AUGUSTO MIJARES

Vienen unos maestros a rendir homenaje al Libertador:

Estoy seguro de que si súbitamente radiáramos esta frase para todos los venezolanos, todos sentirían la misma impresión que a mí me produce: me parece que Bolívar no ha muerto; me parece que la República se encuentra todavía en sus días iniciales, y que con la misma fe de aquella aurora magnífica y bajo la dirección del propio Libertador, comenzamos nuestra educación republicana y cívica, la reconstrucción de una nueva conciencia nacional, de una Patria nueva, de los sacrificios frustrados. Nuestra imaginación es también hoy un propósito consciente y preciso en la voluntad de los venezolanos: queremos borrar el siglo de infortunios políticos en que se resume nuestra vida republicana, queremos volvernos otra vez hacia el porvenir sin el recuerdo desolador de los esfuerzos perdidos y de los sacrificios frustrados. Nuestra fe en el poder de la educación está intacta y queremos dedicarle el mismo trabajo que quiso consagrarle el Libertador en sus proyectos como hombre de Estado.

En cierta ocasión se lamentaba Bolívar de que a menudo la libertad está enferma de anarquía; pero también nos dejó él esta valerosa sentencia: «Las cosas para hacerlas bien es preciso hacerlas dos veces, esto es, la primera enseña a la segunda». Hoy pondremos esta admonición de perse-

verancia por encima de la constatación de nuestros fracasos en el camino de la libertad y con la una borramos la otra.

Habla en estos momentos, no un funcionario público, sino un maestro venezolano. Como tal, doy las gracias a los compañeros de Chile que vienen a colaborar con nosotros en aquella empresa de porvenir y de fe. Nuestro homenaje en este momento no es para las cenizas del Libertador, y es para el ideal del Libertador.

«Las cosas para hacerlas bien es preciso hacerlas dos veces». No dos veces, mil si es preciso, recomenzaremos la lucha para obtener una Patria libre y digna.

DISCURSO DEL PROFESOR SEÑOR OSCAR VERA L.

Con el espíritu dominado por el hondo sentimiento de veneración y de respeto que merece la mayor gloria de América, un profesor chileno, en nombre de sus compañeros de misión, se atreve a elevar su palabra en este recinto, que es, en verdad, para nosotros los latinoamericanos, nuestro Santo Sepulcro y nuestra muralla de lamentación y esperanza.

Si la vida y el pensamiento generoso de Bolívar salvaron los límites de su ciudad natal, de su Gran Colombia, patria grande ya, para planear sobre el continente y señalarle su independencia y su camino, guarda Caracas el alto privilegio de haber sido la cuna, de albergar las cenizas y de mantener sobre ellas vivo el culto de su hijo más ilustre. A rendirle culto, con el fervor que lo consagramos desde niños acrecentado por la cercanía de lo que fué su cuerpo, viene ahora este grupo de hombres del sur.

Pocos héroes en la historia de la humanidad, ninguno en la de América han vivido sus breves días con una vida más intensa y más rica su sucesos y han tenido una supervivencia más rotunda que el Libertador, Atormentado, atenaceado por su idea, consumió su existencia en una lucha que no pudo tener tregua con su muerte, en una lucha que llega hasta nosotros, a través de cien años, con renovado impulso.

Nacido para una época turbulenta, cuando un haz de pueblos exaltados por el primer contacto con la libertad se debatía en una larga batalla de quince años, logró Bolívar, no sólo darles el triunfo de su primera independencia sino indicarles la única manera de conseguirla enteramente: la unidad.

La mayor grandeza del Libertador, lo que hace de él el primer genio político de América, es haber planteado la unidad del continente, no como una utopía, sino como algo hacedero, como el único medio de conseguir la verdadera patria, aun a sabienda de que ora entonces imposible. Supo, me-

por que nadie, vivir en su tiempo y en su medio. Por eso, realizó el presente y concibió el futuro con claridad deslumbradora, y por eso vive y seguirá viviendo en esta tierra americana, a la cual libertó en gran parte, y a la cual supo dejar su idea, lo mejor de sí mismo, como preciosa herencia.

Si después de la entrevista de Guayaquil, si después del desplome de la gran patria que fundara fugazmente dentro de su América, si después de todos los contrastes que debió soportar, pudo decir amargamente: «He arado en el mar», podemos decir nosotros que no vivió su vida como si estuviera arando en el mar. Se puso en ella tan por entero, aró en realidad tan hondo y para una semilla tan potente, que su sacrificio no pudo ser estéril.

Su idea bajó, en el lento sucederse de los años, a la zona subterránea en que palpitan los instintos sociales. Su concepción se cargó allí con el sentimiento poderoso de las masas, se vinculó a la tierra, captó el anhelo informe de un grupo de pequeñas naciones sometidas a un destino opaco e impreciso.

Durante un siglo, mientras la idea de unidad se estancaba en el platonismo de los discursos y de las ceremonias oficiales, mientras la juventud de cada pueblo miraba con ojos maravillados hacia la Europa para importar su forma de cultura, el nombre de Bolívar como símbolo de la América iba invadiendo el continente con un sentido nuevo de solidaridad y unión.

Algunos de nuestros mejores hombres, en política, en historia, en literatura, en arte, recogieron, ampliaron y glosaron la concepción boliviana, siempre urgente y siempre actual, y contribuyeron a cimentarla y extenderla. Sobre todo en nuestro siglo, todo un sector de la literatura, abandonando de una vez la imitación de Europa, se inclinó sobre el enigma de la propia tierra y ha comenzado a aparecer, en toda su magnífica riqueza, el fundamento cultural de la unión. Los llanos y la pampa, la selva tropical y el drama turbio de las guerras civiles, la lucha del hombre contra la naturaleza virgen, han sido otros tantos temas de epopeya a través de los cuales el arte americano ha descubierto los nexos que nos unen.

Por otra parte, los procesos económicos que tan violenta influencia tienen en nuestro tiempo sobre el desarrollo de los pueblos, han demostrado urgencia y las ventajas concretas de un contacto más íntimo

Enemigos e intereses comunes, problemas semejantes, tradiciones, luchas y esperanzas idénticas, y la conciencia de afrontar el mismo destino ante la historia, constituyen las bases de nuestra gran nación.

En todas las juventudes de nuestros pueblos, palpita el ansia de conocer a sus hermanos. El interés que antaño se desviaba hacia Europa se concentra cada vez más sobre nosotros mismos. Se va comprendiendo que no somos un mero reflejo empobrecido de la cultura de Occidente, sino que,

a través de ella, quizás, un poco a pesar de ella, una alma nueva: está naciendo y una alma nueva nuestra, está naciendo y surge del pasado dominio de un hombre nuevo sobre un paisaje diferente.

La semilla de Bolívar, cuya intuición profética supo ser el futuro sin ofuscarse por el tumultuoso presente de la primera independencia, necesitaba un siglo para germinar. La hora de su perfecta madurez no está lejana. Los años no pesan en el desarrollo de los pueblos, y nada puede retardar al amplio ritmo de la historia.

De esperanza es la hora que vivimos, y de completa certidumbre en que cada año, lentamente, se amplía a toda la América española el escenario de nuestro esfuerzo y de nuestra lucha. Nadie puede, sin renegar su tierra, eludir su sitio en la gran tarea de integración.

Obedeciendo, pues, a nuestras más profundas convicciones y a nuestro primer deber de americanos, estamos aquí los maestros chilenos, en modesto homenaje ante la tumba del fundador de la futura patria, de aquél cuya vida sobrepujó a la muerte, y cuya idea late y aguarda en cada corazón de América.